

LA  
INTERESANTE

VIDA

DE  
MIS

ABUELOS  
ESTIBALIZ

Y  
JERO

Javier Alonso  
Carrasco, B<sup>o</sup>A.

Mi abuela nació en un pueblo de Vitoria. Cuando era muy pequeña se fue a vivir a San Sebastián. Me ha contado que su vida era muy rutinaria porque hacía todos los días lo mismo. La escuela estaba a dos kilómetros de su casa. Iba andando con las amigas del barrio. Tenían clase por la mañana y por la tarde. Por la mañana tenían clase de 8:30 a 11:30 y por la tarde de 14:00 a 17:00. Al mediodía tenía que comprar el pan y el periódico para llevar a casa. No recuerda cuánto costaba el pan, pero sí que el periódico costaba cuarenta céntimos de peseta. Dos sábados también tenía clase, así que hacía lo mismo los martes y viernes te-



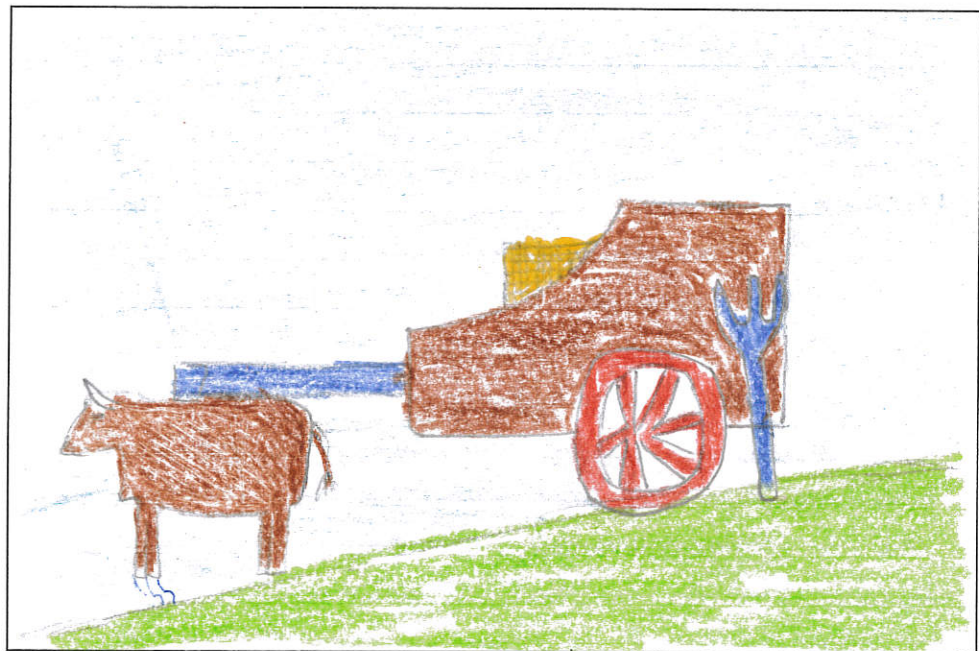
nía catequesis de 17:00 a 18:00. Por las tardes no tenía muchos deberes porque se iban estudiando por el camino las lecciones. Lo que mejor se le daban eran las mates, pero en aquellos tiempos las chicas solían dejar de estudiar pronto, sin embargo a los chicos les mandaban a estudiar con los papeles cuando tenían diez años, como hicieron con su hermano. A los trece años, cuando dejó de ir a la escuela, fue a aprender a coser para ser modista. En el último año que fue al colegio, por la tarde cosía en casa. Ya habían pasado los años en los que al llegar a casa se quedaba en la calle jugando con las amigas del barrio a la cuerda, al escondite y al chingo. Cuando le he preguntado cómo se jugaba al chingo, me he dado cuenta que es el mismo juego que nosotros llamamos rayuela. Cuando jugaban a la comba cantaban canciones en las que decían las provincias de Andalucía y Castilla la Vieja, así que cuando se las preguntaban en el colegio ya se las sabían.

Dos domingos era el día en el que hacían cosas diferentes; por la mañana iban a misa y al fútbol y por la tarde al cine del barrio que costaba una peseta. El cine era de 4 a 6 de la tarde y cuando terminaba tenía que ir a casa.



Cuando tenía quince años, ya tenía el título de modista y trabajaba arreglando ropa a los vecinos del barrio. También les hacía vestidos, cortinas, colchones... hasta hizo el traje de novia a todas sus amigas. Del traje que está más orgullosa es el que hizo a mi madre (pero eso fue muchos años después). El dinero que ganaba se lo daba a sus padres y luego ellos le daban el dinero que necesitaba para salir el domingo. No tenía hucha y el dinero que le sobraba se lo tenía que devolver a sus padres.

Con 18 años les dejaban salir del barrio e ir al centro a pasar la tarde. Estaban a cuatro kilómetros, así cogían un taxi que entraban 6 u



8 amigas y lo pagaban entre todas. Tenían que estar a las 22:00 en casa. En verano el quateque (baile) era en la calle y en invierno era "baile cerrado". En la entrada al local tenían que pagar y una vez que estaban dentro podían elegir entre ir al cine o al baile. La primera vez que fueron al cine, el chico de la ventanilla les dijo que para entrar tenían que "dar la vuelta a la manzana". Ninguna de las amigas había escuchado antes esa frase y no sabían lo que significaba. Así que hicieron un plan: unas se fueron a buscar la "manzana" y las otras se quedaron escuchando para ver si se lo decía a otras personas y así hacer lo mismo que ellas. Así estuvieron un buen rato hasta descubrir por dónde entrar y llegaron tarde a ver la película (tenían unos 12 años).

Mi abuelo nació en un pueblo de Salamanca. Fue a la escuela hasta los 14 años y hasta esa edad ayudó a sus padres con las tareas del campo. Como eran varios hermanos y no tenían trabajo para todos se fue a vivir a otro pueblo a casa de unos tíos que no tenían hijos. Con 18 años se fue a hacer la mili a Burgos y cuando la terminó se fue a buscar trabajo a San Sebastián. Allí entró en la guardia civil. Dos domingos que no iba a tra-

bajar iba al baile y allí conoció a mi abuela.

Por allí no estaban fáciles las cosas para la guardia civil porque había una banda terrorista que se llamaba ETA, así que a los pocos años se salió y empezó a trabajar en la fábrica de Michelin.

Ahora la vida parecía más tranquila; por lo menos ya no tenía que esconder el uniforme de trabajo para que los vecinos, o incluso la familia de mi abuela supiera en qué trabajaba. Sin embargo el miedo y las amenazas no habían terminado. Algunos compañeros seguían cayendo; así que decidió venir a vivir a una ciudad más tranquila como Valladolid.